

ner que Home estaba en aquellos instantes, y solo en [ellos, cataléptico, epiléptico, histérico, eclámptico, monomaniático, calenturiento, emponzoñado, etc., etc, quedando, pasada la sesión que daba á los curiosos y á sus enemigos, en el goce de su cabal salud? ¿Cómo sería posible que bastara su voluntad para atraerse sobre sí mismo ese cúmulo de achaques, y para quedar libre de ellos en el tiempo y sazón que lo quisiera? Entre las enfermedades mencionadas, muchas de ellas son incompatibles, como se comprende de la simple observación de los síntomas. La catalepsia produce la insensibilidad, mientras la *sensibilidad* de que hablan Reichembach y Verrots se da á conocer *en sensaciones exquisitamente sutiles y especiales*, que suponen una gran sensibilidad en el organismo.

## CAPITULO VI.

### SUMARIO.

La *alucinación*—En qué consiste según M. Litré. —Preten-  
de explicar por ella los hechos del «piritismo». —La rea-  
lidad de aquellos es únicamente subjetiva. — La *alucina-  
ción* se supone existente sin causa. —La que M. Litré le  
da es arbitraria. —Demostración. —La realidad de los  
fenómenos es objetiva. —Razones que lo justifican.

De intento no hemos querido mencionar en-  
tre los trastornos que se asignan como causa de  
los fenómenos, la *alucinación* que tan en boga se  
puso en estos últimos tiempos, sin duda por ser  
engendro de M. Litré, miembro del instituto  
de Francia, aunque engendro que bien pudiera  
aspirar á origen ménos moderno.

Se ha dado á esta teoría espontánea de la  
*alucinación* tal importancia, que se hace indis-  
pensable ocuparse particularmente en ella.

La *alucinacion* es considerada por Littré como una enfermedad de la fantasía ó de los sentidos; es una cierta forma de delirio, bajo cuyo influjo el paciente cree tener sensaciones reales, sin que esté presente un objeto exterior que pueda ocasionarlas. De cierto, que el que se encuentra alucinado oye, por ejemplo, que se le habla, responde y sostiene una animada conversacion. Littré quiere sacar partido de esta situacion irregular y anómala; y por ella trata de explicar los fenómenos del espiritismo. Pero la realidad que les concede es meramente subjetiva y no objetiva. Y así, las mesas giratorias no circulan, ni hablan, ni adivinan; las armonías místicas no resuenan ni salen de ningun centro de vibración; las luces no se apagan ni se encienden, los ruidos y los golpes desusados no vienen del choque de los cuerpos que nos rodean; sino que las mesas giran únicamente en la cabeza del alucinado, hablan solamente á su oido y adivinan para él exclusivamente. A es e tenor, los demas fenómenos son verdaderos sueños, visiones caprichosas y fantasmas de la imaginacion.

Tales alteraciones mentales, si fueran raras, ó siendo comunes, tuvieran una causa general conocida, se resistirian ménos al asenso de la

razon. Péro no son raras, pues segun palabras del hoy más célebre académico francés, *esta malvada alucinacion* ha trastornado el seso á *media Europa y á más de media América*. Tampoco hay una causa general que produzca la *alucinacion*, pues la que M. Littré le da es enteramente arbitraria. "Por remate de cuentas, dice, las revoluciones sociales y la fe atizada, en su contraste con la incredulidad y con la ciencia, son las influencias que han determinado la *alucinacion*."

Si esto fuera cierto, en los lugares y épocas en que las revoluciones han dominado y en que la fe ha luchado más con la incredulidad y con la ciencia, seria donde la alucinacion y los fenómenos que se la atribuyen, se hubieran extendido más. Y la historia no confirma esto, sino que con hechos contrarios le quita la poca fuerza que pudiera tener respecto de algunos espíritus superficiales. Y en efecto, ¿quién ignora que en los Estados Unidos de América es donde el espiritismo comenzó á mostrarse, y allí mismo, donde ha tomado esas proporciones colosales con que espanta al presente siglo? Y sin embargo, si se exceptúa la revolucion separatista que fué vencida frente á los muros de Richmond, y que acaeció mucho despues de la apa-

ricion del espiritismo, aquella nacion ha vivido en la paz más envidiable á contar desde la remotísima fecha de su independenciam. Nuestra patria es tambien un ejemplo que puede aducirse en contra, pues siendo así que las revoluciones han sido endémicas en ella, las alucinaciones comienzan hasta ahora, precisamente cuando parece que la masa de la sociedad se muestra ménos complaciente con el espíritu de revuelta.

¿Cuándo fué más agitada la Francia por las revoluciones sociales y por las luchas entre la fe, la incredulidad y la ciencia, sino en el último tercio del siglo pasado y primero del presente? Y no obstante esta circunstancia, en tales épocas fué cuando ménos se habló entre los franceses de semejantes maravillas.

El poder de la alucinacion es inmenso, se repone; y en las enfermedades de la fantasía es más fácil el contagio. Esto que dice ahora Litré es lo mismo en el fondo que lo que un siglo ántes habia dicho Bailly del poder de la imaginacion y de la fuerza expansiva de la imitacion. ¡Qué no ve la fantasía, si el cerebro se siente estimulado por el *hatchish*! ¡Y cuánto no se debilita su energia por medio de los narcóticos! Es cierto, pero se trata de fenómenos que dejan huellas exteriores y palpables de su existencia.

Si se rompe una mesa, por ejemplo, en una *manifestacion espírita*, permanece rota despues de ella; si cambia de lugar, no se la encontrará, pasada aquella operacion, en el mismo sitio en que se la encontraba. Los fenómenos no son, pues, puramente subjetivos sino objetivos, doblemente reales, permitásenos la expresion.

Ademas, es indudable que para que la imaginacion obre, necesita de estar preocupada precisamente de aquellas cosas que van á pasarle, pues si no lo está, falta el estímulo. El condenado al último suplicio en Copenhague, no habria muerto á la influencia fantástica de la mentirosa sangría que los médicos fingieron aplicarle, sino hubiera sabido que de esa manera tenia que morir; pero lo supo, y sintió no solo que se le habia punzado con la lanceta, sino que ésta le habia hecho sangre, y oyó, hasta quedar privado de la vida, el ruido regular de la sangre que corria, siendo así que no se le habia sangrado y que el ruido de la sangre no era otra cosa más que el ruido de una pequeña corriente de agua que se habia dispuesto de una manera conveniente. Y la mayor parte de los casos del espiritismo suceden, ignorando el *medium* los que van á tener lugar y el tiempo en que se realizarán.

Si solamente los *mediums* alucinados fueran testigos de los fenómenos, pudiera tener esto vislumbres de probabilidad; pero no son solo ellos, sino todos los que á sangre fría, con el fin de estudiarlos, y prevenidos fuertemente en contra de su realidad, van á presenciarlos y á observarlos. No debe hacerse excepcion del mismo M. Littré que ha podido decir: "Dejese, pues, de apellidar impostura al espiritismo; llámesele simplemente alucinacion, y todo está comprendido." [1]

Ciertamente que no puede contentar al entendimiento más ruin esta teoría tan falta de fundamentos sólidos y tan descabellada.

Suponemos que en los *mediums* y en los asistentes á una *manifestacion*, obra la *alucinacion* con toda su potencia, cómo se explica el hecho de que todos, sin ponerse de acuerdo, ven, oyen y sienten las mismas cosas? Cada uno tiene su imaginacion, sus ideas, sus opiniones, sus inclinaciones, sus preocupaciones, sus pasiones, sus conocimientos, sus afectos; y naturalmente la imaginacion, al influjo de tan diversas condiciones, no puede ser afectada del mismo modo, ni figu-

(1) "Revue des deux mondes." Entrega correspondiente al 15 de Febrero de 1856.

rarse las mismas apariencias. El que está preocupado por la política, debía presentir caidas y elevaciones de imperios, debía presenciar guerras, triunfos ó derrotas, hablar de constituciones ó de reformas. El que lo está por el amor debía ser víctima de ingraticudes y desdenes, ú objeto de tiernas y delicadas afecciones; debía pintarnos en sus delirios paraísos de mujeres, hablarnos de enlaces eternos y de eternas felicidades; y á este tenor cada cual, segun el sentimiento ó pensamiento que le dominaba. En ellos debía ser cierto este proloquio vulgar: *cada loco con su tema*. Y nada de esto sucede; sino que el uno ve lo que el otro, aun cuando no piensen ni sientan de la misma suerte.

Hay más, apénas es de imaginarse como posible y nunca como hacedero, que la enfermedad susodicha ataque á las personas que van á darse cuenta de los fenómenos, en el momento de entrar al lugar en que los espiritistas se entregan á sus prácticas, y desaparezca luego que salen. Y más, cuando la enfermedad de la *alucinacion* no es tan sencilla ni afecta tan superficialmente el organismo. "No toda perturbacion de los nervios, dicen los ilustrados red actores de la *Civiltá Cattolica*, produce la alucinacion, sino únicamente aquella por la cual los puntos

del encéfalo, en donde los nervios de los sensaciones tienen su origen, participan del estado morbozo de que se halla atacado el mismo encéfalo, por que lo mismo que en todas las enagenaciones mentales, así en la *alucinacion*, que es una forma especial de ellas, el sitio propio de la enfermedad, el que los patólogos llaman *subtracto*, está en las circunvoluciones del cerebro. Unaperturbacion de nervios que produzca en el cerebro ó en las partes anejas al mismo tan grave afeccion, no es, á Dios gracias, la enfermedad más comun, así como desgraciadamente tampoco es la más leve. Es originada siempre por otras causas morbosas gravísimas, las cuales no pueden disimularse ni ocasionarse en el cuerpo humano, á voluntad de un inventor de *teorías espontáneas*. Por muy cierto que fuese que todo experimento mesmérico pueda causar una alteracion nerviosa, no se seguiria de ahí en verdad, que tal alteracion pudiera llegar siempre á aquel grado máximo que produce la *alucinacion*."

Estas palabras, que son las últimas de la ciencia, serian bastantes para contener á cualquiera en la arbitraria senda de los supuestos, y para abstenerse de declarar *alucinadas*, verdaderas locas de atar, á la mitad de la *Europa* y á más de la mitad de la *América*.

El célebre Litré ha estado infeliz en su hipótesis. Las pocas razones que hemos apenas indicado, lo persuaden hasta la evidencia.